

desventurados precitos: la redencion y el antídoto es el rescate. Por cierta suma de dinero que va á engrosar el caudal del comandante ó de sus satélites, los esclavos que lan al punto manumitidos, aunque no á perpetuidad, porque esto fuera mucha demencia, sino hasta que otro coronel los vuelve á pescar, mediante el mismo sistema, que se denomina *sistema de la leva*. ¡Qué prodigio de filantropía! ¡Hasta qué extremo llevan los demagogos sus sacrificios, á fin de aliviar un tanto la suerte de este pueblo tan querido, que gime encorvado bajo el férreo yugo de los oligarcas! Falta solamente que agregar á esta pálida descripción, que los que del modo mencionado quedan redimidos de servir en nuestra milicia, siguen soportando el gravámen de pagar una gabela mensual, casi siempre muy superior á sus facultades, la que lleva el nombre de *contribucion de escentos*, á cuyo producto se aplica, como el de las demas, al péculo privado de los que la recaudan. No puedo resistir á la tentacion de referir las columbinas astucias del gobernador y comandante general de Morelia, D. Epitasio Huerta. No surtiendo ya efecto la leva practicada por los medios que dejo referidos, tuvo la ocurrencia feliz de mandar repicar á media noche, y de que con las patrullas destinadas á la captura de los reclutas, saliesen músicas á recorrer las calles. Aquella novedad atrajo mil y mil curiosos, que se fueron agregando á las comitivas, y á muy buen tiempo fueron aprisionados para vestir mas tarde el uniforme militar. En otra ocasion promovió uná corrida gratuita de toros, que no acabaron de presenciar los espectadores, sorprendidos por una fuerza que circundó la plaza y que los obligó á marchar en cuerda para los cuarteles. Con semejante método de recluta y educacion de los cuerpos, bien se podrá cualquiera hacer el cargo de

su brillante disciplina. Cada soldado raso es un perdonavidas, que cree hacer mucha gracia en no estropear y desbalijar á los inermes ciudadanos, porque se se halla en pacífica posesion del derecho de no pagar sus consumos, de concurrir á las tiendas, y hacer en ellas sus provisiones de balde, y esto fuera de las franquicias de alojamiento gratuito, cuando no está en su cuartel, cuyo privilegio se estiende hasta saquear la casa, y violar impunemente, ó llevarse consigo por la fuerza, a las mugeres que tienen la desgracia de habitarla. Sobrada razon asiste á los pueblos para desmembrarse, huyendo sus vecinos á los montes, luego que se anuncia la llegada ó la aproximacion de alguna fuerza: no hay duda que es una catástrofe y un evidente cataclismo el arribo de las tropas; cuando en vez de proporcionar seguridad y proteccion, solo se presentan para ofender los derechos mas sagrados que amparan á la sociedad, á la familia, y á los individuos; las clases inferiores no conocen la subordinacion, la obediencia y el respeto para con los superiores. ¿Ni cómo se conservaria este profundo acatamiento, si oficiales y soldados, gefes y subalternos, juntos se embriagan en las tabernas, juntos se solazan en los garitos, y tambien juntos se entregan á los desórdenes del juego y á todos los excesos de la prostitucion? Por tal causa no debe ya sorprendernos que casi diariamente, ó al menos con mucha frecuencia, los individuos mas caracterizados del ejército, recibian de las ínfimas clases graves insultos, golpes, heridas, y no pocas veces hasta la muerte.

Al vicio de la indisciplina, no puede dejar de ser consiguiente el de la desercion, y mas si á esta causa moral, se añaden las instigaciones del hambre y de la miseria. El escandaloso número de desertores, hace á su vez indispensable el de los reemplazos, originándo-

se un flujo y reflujo perpétuo en los cuerpos, que á su turno contribuye á hacer permanente el desórden y la confusion. Y como de este círculo deplorable, no es dable á los esfuerzos humanos, salir en el estado que guarda la institucion, los individuos del ejército no llegan á adquirirse amor fanático por sus banderas, ese espíritu saludable de cuerpo, esa noble emulacion que egendra el desprecio á la muerte; en una palabra, esa ambicion de gloria, esa susceptibilidad, á veces quijotesca, que dan vida y alimentan el pundonor militar.

A todo este bello ideal de organizacion, corresponde la contabilidad adoptada para el ejército. Su sistema es el mas sencillo de cuantos puedan imaginarse, y consiste en el de no observar ninguno, y en el de recibir, robar y gastar cantidades á granel; sin cuenta ni razon alguna; eso que se llamaba antes cajas de los cuerpos, se han abolido como inútiles; y en efecto, no habiendo quien inspeccione ni residencie á los gefes por su conducta administrativa, en vano fuera hacer una aglomeracion bromosa de papeles, cuyo destino seria el de ser condenados al fuego. Es verdad que los haberes (cuando los hay, pues algunas veces se hace la distribucion *por centavos de dia* en una semana), se ministran conforme á las listas que se forman en la revista mensual de comisario; pero esto nada importa para un coronel inteligente; como lo son los mas, en las maniobras del arte de prestidigitacion; pues que en cada regimiento hay sus mites, lo mismo que sus figurantes en cada teatro, es á saber, gente alquilada que se destina á aumentar el número de los farsantes durante el espectáculo, y que sin embargo, no pertenece á la compañía. Semejante suplantacion de plazas, es un banco de oro para el comandante, si es que la mar está en leche del erario; mas aun cuando no lo esté, se concibe que con ella algo se utiliza

siempre; y es la razon, porque la comisaría ministra pagas para el total de mil hombres, por ejemplo, que aparecieron en la revista, y el gefe solo tiene que cubrir los haberes (y eso cuando está de gorja) de doscientos ó trescientos que existan realmente en el cuartel. En los escuadrones de caballería, estos inocentes ahorros se centuplican, con solo tener la viveza de hacer la misma pantomima, &c., para cuya mantencion pasa, como es sabido, un tanto considerable el tesoro público. Todavía apurando mas y mas las economías, las obvenciones de los coroneles de los cuerpos se hacen mucho mayores, si se les ocurre apostar en las garitas á los forragistas, para que por la fuerza se apoderen de los cargamentos de paja y de cebada que entran á la ciudad, dando á los dueños de ellos, en lugar del precio de sus efectos, á dinero contante, cintarazos y golpes sobre las espaldas.

Reducida así la tropa infeliz á la clase de méndigos; sin sueldo, sin rancho, sin calzado, sin vestido, y siempre en esos trabajos rudos de la campaña, en que quedan espuestos á todas las intemperies, forman el mas odioso contraste en sus oficiales superiores, cubiertos de plata y oro, con carruajes y caballos magníficos, y con todo el lujo de unos muelles y consumados sibaritas. Bien es cierto que estos saben recompensar los crueles resultados de su inefable inhumanidad, con uno y otro párrafo de sus proclamas, en que elogian la prodigiosa sobriedad, y sufrimiento de los soldados mexicanos; mas ellos pudieran decir lo que un esclavo cuando su amo, al enumerar las virtudes y circunstancias ventajosas de su siervo, para lograr su enagenacion, hacia mérito de que jamas probaba el vino: *porque non dan, porque non dan*, murmuraba entre dientes el desventurado negro.

Grandes cualidades tiene ciertamente el soldado

mexicano, sobre todo, el de su arrojo y su irresistible empuje para acometer, si se le hace tomar la iniciativa, y su sangre fría para sostenerse hasta morir en la defensa. Tan inestimable prenda en los individuos que forman un ejército, unida á la profunda ignorancia en que se encuentra nuestro bajo pueblo, de las cuestiones políticas que se debaten, y de los principios que se sostienen por las facciones, han llegado á hacer de nuestra tropa un instrumento inerte, de que se valen tyrios y troyanos; una especie de guardia suiza, que se deja matar por aquel á quien en la actualidad presta sus servicios. Por eso se observa todos los días, que á los prisioneros hechos en una batalla, los agrega el vencedor á sus filas, en donde se baten del mismo modo que lo habian hecho antes en favor del vencido. No hay, pues, ni puede haber en esos pobres hombres, que tan impiamente sacrificamos como manadas de corderos en las aras de nuestros odios, un entusiasmo verdadero, el cual supone la conviccion de la justicia, el conocimiento de la importancia de la causa, apreciaciones mas ó menos rectas de la influencia de ciertos sistemas en la felicidad pública; en fin, un juicio recto sobre las ventajas y las conveniencias que pueden resultar á la nacion del triunfo de determinados principios. Perecen en los campos de batalla sin amor y sin odio, fascinados por la superioridad de raza, y sobre todo, estrechados por la violencia que les hacen los que saben colocarlos entre la victoria y la muerte. Y así es preciso en realidad que suceda: si nos fijamos en la consideracion de que los individuos de esta clase abyecta, no tienen ningun estímulo que los fortalezca en los peligros, ni ninguna esperanza de porvenir que los aliente para la victoria. Sucumben, y sucumben ignorados, sin que la nacion se cure de suavisar la suerte del huér-

fano y de la viuda: se inutilizan por el peso de los años, ó por la gravedad de sus heridas, y entonces se les ve arrastrar su cuerpo por la calle, implorando de la piedad pública, los socorros que necesitan. El auxilio del montepío, es una ilusion falaz, ó mas bien, un descarado engaño, pues tan filantrópico establecimiento, solo tiene de positivo, entre nosotros, la rebaja de una parte de sueldo del empleado ó del militar durante su vida; pero nunca la asignacion pecuniaria que la ley establece para sus familias despues de su muerte.

Concluiré estos superficiales toques sobre el ramo de guerra, haciendo notar, que ningun decreto existe en la república que fije el número de la fuerza armada, ni por consiguiente se forma presupuesto, ni cosa que lo valga, de los caudales que deban invertirse en el pago del ejército. Segun lo manda la necesidad, permítalo ó no el estado del tesoro, se aumentan ó disminuyen las fuerzas, ordenándose muchas veces la creacion de nuevos cuerpos, solo por contentar ó favorecer á determinados gefes. De todas maneras, es tan grande el fastidio que ha llegado á producir en los pueblos, y tan profundo el horror instintivo que profesan á todo militar, que no obstante hacer creca de un año que están gritando todos los periódicos, "guerra, guerra contra el invasor: ármese toda la nacion; sean soldados todos los ciudadanos, porque se pierde la independencia," y á pesar también del esfuerzo sobrenatural de los gobernadores de los estados, que han mandado todo su contingente, solo se han podido reunir en Veracruz catorce mil hombres, y eso en el tiempo en que ha estado en su apogeo el ejército de Oriente. ¿Y de qué modo, y en qué situacion? Ya lo hemos visto: por medio de la leva, teniendo que evitar en todos los caminos y en el cam-

pamento, con una escrupulosa vigilancia, la que sin embargo ha sido ineficaz, la fuga de estos esforzados reclutas. Todo el mundo ha podido advertir, que desnudos y hambrientos, insubordinados, y sin el esfuerzo que infunde el aguijon del entusiasmo, se desertan á bandadas, arrojando todo género de peligros, y que si se exceptúan algunos cuerpos de la brigada de Guanajuato, medianamente instruidos y regularizados, todos los demas merecen el nombre de pelotones y chusmas, destinadas por el gobierno al matadero. Un resultado como éste, tan poco satisfactorio, y que casi raya en el ridículo por un lado, es termómetro exacto de la popularidad de Juárez, no menos que del amor que tiene el país á lo que se llama sus instituciones: y por otro, del estado de la opinion pública y de la acogida que ha encontrado en los espíritus de los hombres pensadores la intervencion europea. En un país de ocho millones de habitantes, al cual se le quiere hacer entender, que está amenazada su independencia y su libertad, y en donde por todas partes se han hecho esfuerzos supremos, para contra-hacer la voluntad nacional; y esto atropellando todos los derechos y garantías; la libertad, lo mismo que la seguridad; la vida, lo mismo que los intereses, solo han podido presentarse al frente de los conquistadores catorce mil hombres, conducidos por la fuerza, que maldicen desesperados á sus caudillos, que son sus opresores, y que atisban á todas horas, el momento oportuno de regresar furtivamente al seno de sus familias. ¡Cuánto ardor patriótico están revelando estos hechos! ¡Cuánta espontaneidad de accion en las masas! ¡Qué grande frenesí en rechazar la triple alianza, para conservar á D. Benito en el pleno goce de su legitimidad, y en las delicias que le prodorciona el mando supremo de la república.

Persuadidos ya de que el ejército no existe; de que la institucion militar presenta en sus altos grados un cuadro, en su mayor parte de bandoleros y asesinos, y en los inferiores, una aglomeracion de hombres ignorantes, indisciplinados, sin opinion ni entusiasmo, y que el desorden, la impunidad, el robo han hecho de la clase militar, el objeto mas odioso y despreciable para los pueblos, todo lo que por cierto no establece plausibles precedentes de que un país tienda á consolidarse y constituirse; examinemos, si del de la perspectiva que ofrece el estado hacendatario de México, es dable deducir unas consoladoras esperanzas.

El actual gobierno, á juzgar por los acontecimientos pasados, debe hallarse en una situacion altamente satisfactoria, en cuanto á la abundancia de recursos pecuniarios. Habiendo contado, hasta la toma de Veracruz por los españoles, con el producto de las aduanas marítimas de ambos mares; dueño de todas las rentas interiores; pues como él dice, ha ido reconocido y acatado por todos los estados; pudiendo disponer del valor de todas las fincas rústicas y urbanas del clero; de todos los capitales que en la república reconocian millares de propietarios á favor de este; de todas las imposiciones que formaban el cuantiosísimo fondo de capellanías, y obras pias en los obispados; de todos los conventos de religiosos de ambos sexos, que en su mayor parte son suntuosísimos edificios; de toda la plata, oro, piedras preciosas, paramentos sagrados, pinturas y bibliotecas pertenecientes á las iglesias y monasterios estinguidos, lo cual asciende á una suma fabulosa de mas de cien millones de pesos; habiéndose apropiado, ademas, como si esto no fuera suficiente, las fincas y capitales que poseian el ramo de instruccion pública, y los infinitos establecimientos de beneficencia, no solo en la ciudad de México, sino

en la inmensa estension del territorio; habiendo decretado una general suspension de pagos, estensiva al de las convenciones, de suerte que los depósitos destinados á ellas, tambien ingresaron á la tesorería de la nacion; faltando ya la memoria para ennumerar las contribuciones permanentes establecidas sobre la propiedad, profesiones y ejercicios lucrativos; industria, comercio y objetos de lujo, sin contar diferentes capitaciones de cuotas subidísimas, y las gabelas impuestas á las rentas é inquilinatos; estan lo ya cobrados estos impuestos, no solo con meses, sino con años de anticipacion; no pudiéndose casi reducir á guarismos los préstamos negociados, mediante las amenazas de prision y destierro con los individuos, ya de considerables, ya de medianas proporciones; disponiendo á su antojo, como parece que ha dispuesto ya, de los terrenos baldíos, y de las minas que no se trabajan, existentes en la superficie del suelo mexicano; y habiendo declarado, por último, bienes de la nacion todos los caudales de los particulares, en virtud de lo cual, el gobierno, en efecto, toma, embarga y se apropia cuanto le agrada, y conceptúa que habrá de serle de alguna utilidad: ¿quién no ha de jurar á mil cruces, que el oro y la plata manan en la tesorería, como los caudalosos rios de leche y de miel, que ha creado la brillante imaginacion de los poetas? ¿Quién no se ha de figurar, que se han llenado los objetos á que los demagogos prometian aplicar este cúmulo de riquezas; á saber, á todos los adelantos que exige este siglo de progreso y de reforma; á toda las mejoras materiales, sin las que no puede vivir ninguna sociedad civilizada: y sobre todo, á derramar en la clase menesterosa, (que ellos siempre tienen en las telas de su corazon) los haberes usurpados de los ricos, distribuyendo y subdividiendo la propiedad, hasta conseguir

el perfecto nivel de las fortunas? ¿Cuál será aquel que asegure, que México no se encuentra surcado de canales y rios hechos navegables; encerrado, como en un mosquitero, dentro de una espesa red de caminos de fierro; que de Veracruz á San Blas, y de Acapulco á Matamoros, el telégrafo nos lleva entre sus chispas el pensamiento; el gas nos reemplaza con sus reverberos los claros fulgores del sol, y el vapor, con sus prodigios, nos multiplica hasta lo infinito, los brazos de la industria; y nos viene á realizar los atrevidos cálculos del comercio? ¿Quién no ha de suponer, por último, socorrida ya la pobreza, estancado el llanto, siquiera de esos infelices, que aunque se les ve alargar la mano para solicitar un negro pan que los alimente, tienen, sin embargo, un derecho perfecto á ser socorridos por la nacion con el dinero que sus deudos fueron depositando en las arcas públicas?

Pues nada menos que todo eso. Poco mas de un año ha sido suficiente para derrochar tesoros tan inmensos, sin que haya quedado la mas insignificante huella que recuerde al pueblo agradecido, haber ocupado un solo instante la mente de autores, de tan incalificable despilfarro, para procurarle el bien. Huerfanos y pensionistas, empleados y militares, cesantes y retirados, todos se hallan sumergidos en estos horrores de la mendicidad, cuyos espectáculos de lagrimas y de agonía, hace pedazos el corazon. Si á lo menos tuvieran un hospicio, de tantos como erigió la caridad cristiana, que saciase su hambre y cubriese su desnudez: si abrigasen siquiera la esperanza de que un hospital, de los muchos que sostenian los fondos eclesiásticos y los de beneficencia, les abrieran las puertas para prodigarles los últimos consuelos, de que tanto han menester en su vejez y en sus dolencias. . . . pero

¿qué vano esperar! Los recursos de los establecimientos, una vez entrados en los toneles sin fondo de la tesorería, han ido á perderse en ese mar de usura y de agiotage, de codicia y latrocinio; en ese golfo de inhumanidad y prostitucion, en que navega el gobierno á velas desplegadas: tambien los edificios que antes servian de refugio á esta clase infeliz y desvalida, convertidos, unos en hoteles y otros distribuidos en lotes, están proporcionando recursos cuantiosos para sostener el lujo insultante de infames especuladores.

Tal es el estado de cosas, unido á los otros innumerables males de que he hablado ya, y que forman como el fondo del cuadro general de nuestras prosperidades: inútil es decir, que tienen paralizado el comercio; en un estado admirable de decadencia todas las industrias; arruinadas y sin brazos la agricultura; á las artes y oficios sin ocupacion; sin ejercicio á las profesiones; que los deudores no pueden satisfacer sus créditos; que ellos, y á su vez los acreedores, no alcanzando á cubrir sus compromisos, se ven precisados á presentarse en quiebra como fallidos; que á tantas desgracias hay que agregar la escasez de los efectos, aun de primera necesidad, y el aumento consiguiente de su precio, que ya empieza á sentirse; en una palabra, que todo es desequilibrio, ruina y desolacion. . . . En este piélago de desventuras, en que naufraga el pueblo y vacila toda la sociedad, entre angustias y miseria, solo se ven sobrenadar en lontananza un puñado de adjudicatarios; unos cuantos próceres de la época, ufanos con las riquezas que han sabido proporcionar, mediante las infamias de la concusion y el peculado.

El erario, pues, se halla en un estado irremediable de bancarrota, no habiendo muchas veces con que cubrir los insignificantísimos gastos económicos de

la conserjería de Palacio. He dicho que esta ruina no tiene remedio; porque en la espantosa decadencia de las cosas y en el supremo conflicto de las personas, la adquisicion de recursos es físicamente imposible, prescindiendo de la desesperada predisposicion de los ánimos contra un gobierno tan inmoral, tan injusto y tan opresor. No es otra la causa de que espidiéndose, como se espiden todos los dias, decretos que multiplican los tributos y esacciones de todo género, hayan llegado á ser de todo punto improductivos, sin que basten para su cumplimiento las severísimas penas con que se sancionan, tales, v. g., como las de prision, destierro y confiscacion. En efecto, cuando miles de personas desobedecen la ley y oponen una abierta y descarada resistencia á sus mandatos, ningun gobierno es capaz de llevar á cabo las medidas de extremo rigor que no harian, en tal caso, mas que aumentar su desprestigio. Los rendimientos de las aduanas marítimas, fronterizas é interiores, solo existen en el nombre, por la inactividad de los giros mercantiles y la total falta de introducciones y consumos; lo mismo puede decirse de las otras rentas, á las que dan vida los elementos referidos, y los demas contratos y transacciones que desaparecen con la miseria y suma escasez de circulacion. El gobierno, por otra parte, no cuenta ya con bienes que vender ó hipotecar; los usureros y prestamistas lo han dejado en brazos de su propia suerte; no puede hacer uso tampoco de su crédito, porque no tiene ninguno. . . . ¿Qué plan adoptar, qué camino seguir en esta cima profunda de necesidades imperiosas y de mortal abandono? ¿Qué hará D. Benito Juárez, personaje tan simpático para los mexicanos? ¿Qué poder tendrán las instituciones que son, segun se dice, la idolatría del pueblo? En fin, ¿cómo se salvará esta Nacion per-

fectamente constituida, ó que por lo menos, marcha por vapor para constituirse? El general Prim, desde Orizaba, mejor dicho, desde la Soledad, en donde rindió un tan magnífico testimonio, no tanto á la legitimidad del gobierno, cuanto á su poder físico, á su popularidad y á su ascendiente irresistible sobre las masas, debe de haber concebido sin duda una satisfactoria solucion de este problema. Y esto ha de haber sido así, porque ó no se enteró á fondo de todas las condiciones de existencia, ó mas bien, de todos los gérmenes de muerte del pais, y en tal caso su ligereza no tiene excusa; ó despues de conocerlos y de pesarlos en la balanza de su criterio, concibió, no solo que podían remediarse fácilmente, sino que la obra de regeneracion estaba reservada á D. Benito Juarez: y esto supone que le fué dado apreciar con exactitud los medios para conseguirla. Cuáles sean estos, por qué prodigio estupendo del génio haya de lograrse que la paz, el órden y la meralidad, al parecer, perdidos para siempre, broten del seno de la discordia, de la anarquía y de la prostitucion; he aquí el secreto que el conde de Reus ha creído conveniente reservar en lo mas profundo de su pecho.

España nos ha estado observando muy de cerca, desde hace mas de cuarenta años, en su calidad de madre; nos ha tratado con la mas inaudita benevolencia, disimulando nuestros ultrages, nuestras injurias y nuestra falta de fé para el cumplimiento de los tratados: burlada de todos modos por nuestros gobiernos, solo faltaba que un dia la hiciésemos pasar por el baldon de ver preso y arrojado ignominiosamente de la República a su embajador, al representante de la persona augusta de su reina. Despues de tanto desman y de tan multiplicados atropellos, hubo, por fin, de decidirse á hacer respetar su bandera, á proteger á sus

súbditos, privados frecuentísimamente de su vida y de sus intereses, y á poner el *hasta aquí* á los atentados del gobierno mexicano. Dá el grito de alarma, que halla eco en los gobiernos de Lóndres y de Paris; se celebra la convencion del 31 de octubre, en que quedó estipulado exigir la reparacion de los agravios recibidos, y, sobre todo, fundar y establecer garantías de que no se repetirian en lo de adelante, libertando al efecto á los mexicanos, del gobierno opresor que los subyuga y poniendo al pueblo en aptitud de manifestar libremente su voluntad, respecto de la adopcion de la forma política que mas le conviniese. S. M. C. prepara sus naves, alista sus tercios, y pone en movimiento sus peones y ginetes; se hacen preparativos en grande escala; se impenden gastos cuantiosos que conmueven el tesoro, y envia, por fin, una imponente expedicion, cuyo entusiasmo solo es comparable con el valor y la disciplina de los que la forman. Adelántase á sus aliados; llega á las revueltas aguas de Veracruz; le imponen rendicion, no dirigiéndose al gobierno mexicano, á quien no debia reconocer, sino al gefe que de hecho ocupa la ciudad; la abandona éste, y toman posesion de ella á nombre de las tres potencias, las esforzadas tropas españolas. Llega luego el general Prim; se reune con los plenipotenciarios inglés y francés, y espiden una proclama en consonancia con las estipulaciones de Lóndres, en que se hace entender á los mexicanos, que no es á ellos, sino á su gobierno á quien se viene á hacer la guerra.

La resolucion de avanzar hasta México es firme, pues que no habia tenido otro objeto la alianza: los nuevos despropósitos de Juarez; los libelos y caricaturas indecentes, en que con su consentimiento se difaman á los soberanos; las recientes gabelas impuestas á los extranjeros con el carácter solapado de súb-

silios de guerra, y el préstamo de cien mil pesos, que se asignó á la casa de D. Miguel Buk, entre otras varias, acabaron de refinar el temple del alma del marqués de los Castillejos, á quien todos suponían hombre de atrevidos arranques.

Entre tanto, se presentó la necesidad de que las tropas expedicionarias avanzasen á tomar cuarteles á poblaciones menos insalubres: se juzga preciso por esto docilitarse á entrar en pláticas con el gobierno; la Soledad es el punto designado para las conferencias con el Ministro de Relaciones de la República, y en la primera que se celebra.... ¿no es un sueño, no es una ilusión?.... el general Prim, á nombre de sus tropas, y en representación de su gobierno, rinde el mas cumplido pleito-homenaje á la legitimidad de Juárez, á su poder y á su popularidad; comprando, á este precio tan alto, las condescendencias caballerosas del Exmo. Sr. D. Manuel Doblado, que vinieron á comprometer de una vez para siempre, la lealtad y delicadeza castellanas.... Poco despues, el comisario español reembarcaba sus tropas, encargadas de anunciar en los dominios de S. M. C., la estupenda nueva, de que México estaba constituido bajo la administración fuerte y vigorosa de D. Benito Juárez, y que debiéndose ésta hacer muy en breve superior á los restos de la faccion disidente, las naciones agraviadas, no necesitaban mas garantía para el pago de sus deudas y la reparacion de sus agravios, que la simple palabra del héroe mexicano.

Tal fué el término de la expedicion ibérica á las mortíferas costas de la República; tal el resultado obtenido despues de tan bélicos aprestos, de tantos sacrificios pecuniarios y de la pérdida de no pocas vidas; *sic transit gloria hujus mundi*. El gabinete de Madrid ha aprobado la conducta de su plenipotenciario;

peor fué, en efecto, reprobarla y quedarse en la inaccion; y mas malo todavía, acometer por segunda vez la empresa. ¿La historia y la posteridad juzgarán estos hechos del mismo modo que el gobierno español?

Pero sea cuales fueren el tacto y la prudencia del general Prim, por acá apreciamos los hechos de diversa manera, y creemos firmemente que un pais sin constitucion, ó con una que despues de haber sembrado el suelo mexicano de cadáveres y cenizas, no ha logrado la aceptación ni de sus mismos defensores, está muy lejos de hallarse constituido; y que un pueblo en que los diferentes ramos de la administración pública ofrecen la imágen mas palpitante del caos, de la ruina y del desórden; en que la administracion de justicia es un sarcasmo; la seguridad pública, una ironía, y el sistema municipal, un embrollo; en donde el ejército es mandado por asesinos, su contabilidad está en manos de ladrones, y la hacienda pública adopta tal sistema de economía, que en menos de dos años se derrocharán ciento cincuenta millones de pesos, siendo el fruto de las cabilaciones de nuestros hacendistas, que no haya en las arcas nacionales ni un real ni esperanza alguna de conseguirlo; por acá, creemos, vuelvo á decir, que este pais, en vez de marchar á su reorganización para constituirse de un modo sólido, se dirige á un abismo por una pendiente rápida é indeclinable.

Del débil bozquejo que acabo de hacer, y que presenta un cuadro imperfecto de nuestras públicas desgracias, se podrá V. inferir si los hombres honrados y pensadores, la gente de propiedad y de arraigo, los que viven honestamente de sus giros é industrias, los artesanos laboriosos que reciben su subsistencia del bienestar de todas las clases; si en fin, el clero y el antiguo ejército será posible que prefieran el libertinage rapaz

de que son víctimas, al establecimiento de un gobierno fuerte, justo y paternal con que nos brinda la intervención estrangera. Ya he probado que respecto á la espantosa anarquía en que vivimos, los informes obtenidos por los monarcas de Europa de sus representantes que residen en México, se han quedado muy atras de la realidad horrible de nuestros sufrimientos. Pues con mucha mas razon puedo asegurar, que en aquellos paises, ni con mucho se han formado una cumplida idea del intenso júbilo con que en la República fué recibida la noticia de la alianza de aquellas naciones, y de la ansiedad sin límites con que se desea el avance de las fuerzas estrangeras y la ocupacion por ellas de la capital. La tiranía y la violencia comprimen toda demostracion en este sentido; mas cuando deje de pesar semejante yugo sobre nuestras cervices, esto es, cuando contemos con la proteccion inmediata de las fuerzas que por desgracia están todavia distantes, tendrá lugar de convencerse el general Lorencez, de que no le mentian los que le aseguraban que seria recibido su ejército en medio de una lluvia de flores. Sí, no lo duden ustedes un momento, la opinion pública está decidida con un entusiasmo que raya en frenesí, por los proyectos generosos de la Francia en favor de nuestra pobre patria.---La rabiosa grito de los demagogos, que se han hecho esclusivamente dueños de la prensa, en nada puede debilitar esta verdad: ellos, lo mismo que la parte sensata, no creen que la Europa haya consentido en una tentacion de conquista que entrañe peligros para la independenciam. No es el noble patriotismo que los saca fuera de sus sentidos; tampoco el amor supersticioso por la libertad es el que los convierte en energúmenos: el secreto de las ridículas pantomimas á que ellos se entregan con tanta furia, se encuentra en otra fibra mas delicada de su corazon; en otra pa-

sion que mas les domina y los subyuga; la codicia. Si el temor de perder los cuantiosos bienes que han adquirido de una manera tan universalmente reprobada; si el ahinco febril de conservar á toda costa sus riquezas improvisadas no acudiese á su cerebro, juntamente con la idea de intervencion estrangera á inquietarlos en su lecho cuando duermen, y á ocuparlos constantemente en sus vigalias, los veríamos recorrer, como hoy lo hacen, las calles y las plazas, despues de sus repugnantes orgías, para victorear con todo su aliento al invicto y poderoso Napoleon III. El *auri sacra fames* de eterna verdad, es toda la clave que descifra los profundos misterios del patriótico entusiasmo de que se dejan llevar esos fulleros.

El tono mismo de los escritos que publican en sus periódicos, está manifestando que un desengaño cruel les hace percibir que la verdadera voluntad de la nacion, no solo los arroja indignada de los puestos que tan descaradamente prostituyen, sino que se ha pronunciado ya, con cuantas insinuaciones permite el sistema normal de terror, que sofoca los espíritus, por un cambio radical de instituciones que ponga término á nuestras continuas revueltas. Fingian al principio que se contaba con el voto unánime de los hijos del pais para combatir la intervencion, porque, como ellos decian: "no hay en la República quien no sea antes mexicano que partidario;" pero despues debieron notar algunas señales que destruian por su base la verdad de este tema favorito, y entonces espidieron la ley *mortuoria*, que manda ahorcar á todos los *traidores*. En seguida pusieron sus gritos en el cielo, al ver que todas las fuerzas reaccionarias se declaraban por los *insolentes invasores*: y finalmente, ya en estos últimos dias no cesan de clamar que traicion se alberga por todas partes, lo mismo en las ciudades

que en los campos; lo mismo en el pecho de los *nobles* que en el de los individuos del estado llano. Lamentábase de que el gobierno no puede estar seguro en sus provincias, pues que los enemigos, á mas de ser muchos, son domésticos y no cesan de trabajar, secundando las miras de los *conquistadores*; pugnan porque se abandone el pernicioso sistema de lenidad, y porque se persiga sin descanso á los que se han propuesto traficar con la independencia. Siguiendo una táctica contraria, allá tiempos atrás, pretendian los demagogos hacer creer á los pueblos que la gente de órden, que todos los hombres probos y de rectos principios, estaban organizados en un partido numeroso, cuyas tendencias eran, establecer en México la monarquía; los apodos de *monarquistas* y *agachupinados* les servian para designar á las personas decentes. Pero si ahora vamos á preguntarles, despues de cambiada la escena, sobre el estado de la opinion en este punto, no hay uno ni ninguno que no sostenga, que el régimen monárquico no tiene ya absolutamente satélites en la República, y que no hay quien no lo considere contrario á los hábitos y costumbres de los mexicanos. Yo, para mí, tengo que de lo que han llegado los mexicanos á adquirir costumbre y hábito, en cuarenta años que llevan de representar sangrientos dramas y ridículos sainetes, es de burlarse de los grandes y pequeños congresos, de los juegos de cubiletes de las elecciones, y de la independencia y soberanía microscópicas de los Estados.

Esto no quiere decir que, consultándose el voto público, por medio del sufragio universal, tomado en toda su omnimoda plenitud, llegará á obtenerse un resultado favorable al cambio del actual sistema. Yo no se si por su gran peso se debiera consultar en caso semejante la opinion ilustrada de los indios y de los léperos

que no conocen la O por lo redondo, y que en su peculiar *caló*, no han prohibido todavía las voces que designan los sistemas políticos, las garantías y los derechos de los ciudadanos. Yo ignoro si la prudencia aconsejará recibir el sufragio de esa infinita chusma de vagos, ladrones y mal entretenidos, que solo viven de la estafa, y solo medran por medio de las revoluciones, gritando hoy *viva la religion*, y mañana *viva la reforma*, para saquear á mano armada las poblaciones; en fin, yo no se si solo debe investigarse la voluntad de los que cifran sus mas caros intereses en el órden, porque tienen un capital que conservar, una profesion, industria ú oficio que egercér, una familia que educar; lo único que yo afirmo, es, que si se admite el primer extremo, el sufragio universal nos coloca nuevamente en el predicamento que hoy nos encontramos, por la muy sencilla razon, de que el número de los bribones y de los ignorantes es infinito. Cuando hay cierta igualdad entre los dos votantes, la mayoría, con su opinion, representa el espíritu que domina en el conjunto; pero cuando aquellas circunstancias, que afectan á la inteligencia de lo que se discute, y á la independencia y rectitud de las opiniones, establecen una distancia infinita entre los que han de sufragar; entónces, filosóficamente hablando, la voluntad del cuerpo moral de que se trata, no puede ser cordura que se busque en un solo elemento de importancia tan secundaria, como la del número; la razon se pesa, no se cuenta, ni se mide.

He sido mas largo de lo que pensaba, cuando me propuse dar á la prensa estas observaciones. Ellas no están ajustadas á ningun plan, ni representan tampoco la regularidad de un órden lógico; las he escrito segun se han ido ofreciendo á mi imaginacion, y su estilo se resiente de la premura con que han sido ar-

rojadas al papel; pero tales cuales las espongo, y á pesar de que he omitido muchas y muy importantes especies, creo que servirán para desvanecer algunos errores en que han de incurrir los que no juzguen, conforme á las apreciaciones de nuestra prensa. Creo haber patentizado que el espíritu de ésta, dista mucho de ser el fiel intérprete de la nacion; que el monopolio que se ha hecho de ella, por todo género de violencias, no admite ningunas escepciones, y que de ahí proviene que se ha hecho órgano esclusivo de las ideas mas absurdas, mas inmorales y mas impías: que es una lamentable, y no sé si diga voluntaria equivocacion, la de los que sostienen que hay una carta fundamental, que norma el ejercicio de la autoridad pública, y marca los derechos y obligaciones de los ciudadanos en México; pues la de cincuenta y siete, sin estar ni haber estado nunca en observancia, solo ha servido para cubrir de luto y de lágrimas á la nacion; que no contándose con una ley restrictiva de los avances y abusos de los que gobiernan, la tiranía y el despotismo se egercen entre nosotros sin freno, y todos los ramos de la pública administracion, marchan segun lo exigen las conveniencias y las pasiones, de los que tienen ocupados por el asalto el poder: que ya se atiende á las tendencias de la demagogia descenfrenada que hoy impera, ya á los precedentes que hoy arrojan los hechos de que somos testigos, no hay que esperar que la cosa pública se encamine á mejores términos, ni que alcancemos otro porvenir, que la anarquía de una absoluta disolucion social: que hostigado el pais, en donde se vive con el temor de perder de un momento á otro la existencia ó la fortuna, todos los hombres aspiran á ponerse á cubierto de un próximo cataclismo, sin encontrar otro remedio que la actual intervencion estrangera, que nadie cree viene á arreba-

tarnos nuestra independencia, sino á restituírnos nuestra libertad: que la oposicion que se la hace proviene de los bastardos intereses que cuentan, como único apoyo, con la inmoralidad del gobierno, y nunca con el patriotismo que no existe en los pocos adjudicatarios que están gritando contra ella; ni mucho menos en las raquícas masas del pueblo ignorante, que únicamente logran reunirse por la coaccion y conducirse al matadero por la violencia.

He aquí el conjunto de algunos hechos que podrán dar alguna luz á los que se ocupan en Europa de hacer apreciaciones sobre la cuestion mexicana. Estoy seguro de que toda la parte sensata, todos los hombres probos de este pais, vendrán á ofrecer su testimonio en favor de la verdad de esta desaliñada reseña. Dios quiera que ella contribuya á que se nos haga justicia en el mundo civilizado, á **NOSOTROS LOS TRAIADORES**, que no obstante, solo anhelamos ver á nuestra patria marchar libre é independiente por el verdadero camino del progreso y de la prosperidad, en el seno de la paz y de la abundancia.







UNIVERSITY OF TORONTO  
LIBRARY



r1233

L52

1020002711

105875

AUTOR

*Lawn*

